

CREO que no volveré nunca a enamorarme. Tengo el alma envenenada, todo lo que toco se torna decepcionante, lo siento como si entre mis manos entrara en descomposición. Esto es lo que Cecilia me ha dejado, a modo de cruel recuerdo, como otras dejan una enfermedad carnal. Nunca logré amarla de verdad, pero eso precisamente, lo sé, me impedirá siempre amar a otra.

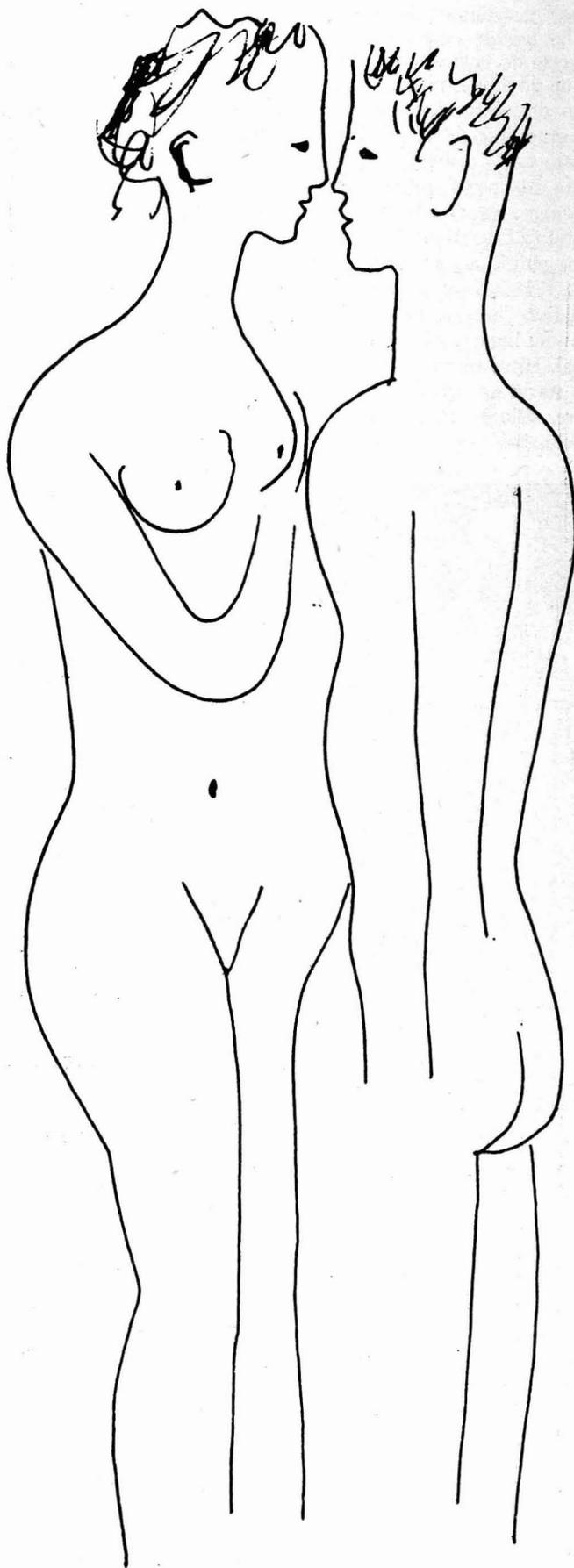
La pequeña Cecilia. Así la llamaba yo al principio, es extraño. La conocí no sé cuándo, pensé que pesaba poco, que su cuerpo menudo debía de ser huidizo y suave. Me fui aficionando a ella. La encontraba agradable, ligera. Despedía una atmósfera de limpieza, de facilidad, parecía hecha para manejar sin esfuerzo, ella tan frágil, a los más incómodos hombretones. Me gustaban sus formas, que había podido ver en *shorts* un día: era delgada pero sin ángulos, discretamente carnosa, con delicadas redondeces que no había sospechado y que me encantaron porque no se imponían, apremiantes, como suelen otros encantos más bastos que son como un atropello. Todo su cuerpo parecía una obra exquisitamente conseguida. Era claro, casi límpido, y pronto despertó en mí una atracción muy especial. Lo apetecía como algo refrescante; necesitaba su frescura para apagar una sed que antes no me conocía.

No creí que fuera difícil. Ella era lúcida, tranquila, habíamos hablado de todo. Jugué limpio, dejé adivinar honradamente lo que había en mí. Entonces empecé a chocar contra su extraño juego. Me incitaba, se esquivaba, volvía a ponerse a mano, amagaba con darse, otra vez se escurría, y así un día y otro y otro. Yo estaba desconcertado, creía que esas tácticas sólo existían en mujeres de otro nivel, mujeres que no hubieran podido interesarme nunca. Pero ella saltaba sin cesar de un nivel a otro. Imposible hacer frente: si ya creía estar hablando con una simple coqueta, replicando dócilmente a la mecánica conocida, repetida siempre igual, bastaba una frase cáustica, una mirada burlona, para cambiarlo todo, saltar a otro clima, y yo me hundía en una amarga vergüenza. Me enseñaba el trapo rojo, dejaba que embistiera, me lo escamoteaba; y yo daba toques al aire, impotente y rabioso, zaherido por las burlas. Hablando en algún bar, en el auto parado de noche en una esquina, en la piscina de su casa adonde algunos días me invitaba, tomaba a veces un tono tan sensato, tan comprensivo y sereno, que yo poco a poco recobraba la sensación de otros tiempos, cuando entre nosotros existía aquella comprensión que tanto me satisfacía. Y acababa por creer de nuevo, con inmenso alivio, en las palabras que decíamos. Hablaba de mí con cierta ternura apenas irónica; me hacía confidencias sobre mí mismo; dejaba entrever en una atmósfera de complicidad la curiosidad que yo le producía; llegaba incluso a mirarme un poco encendida, con los ojos levemente nublados. Pero en el sofá me rechazaba, revolviéndose de pronto furiosamente, como dispuesta a defender su honra hasta la muerte. Cuando yo, inesperadamente convertido en odioso ultrajador de doncellas, me apartaba asombrado ante aquella situación ridícula, ella soltaba una larga, alegre carcajada. Parecía divertirse de veras; yo sentía casi vértigo, no daba pie, me veía perdido, terriblemente estúpido.

UN ALMA ENFERMA

Por Tomás SEGOVIA

Dibujo de Juan SORIANO



En la calle me recobraba un poco, trataba de hacer mi composición de lugar, siempre confusa, como quien vuelve de un desmayo. La conversación a veces se hacía violenta. Entonces ella confesaba, casi emocionada, que dos días antes me amaba apasionadamente. Pero yo no había sabido percibirlo, intuir, responder al

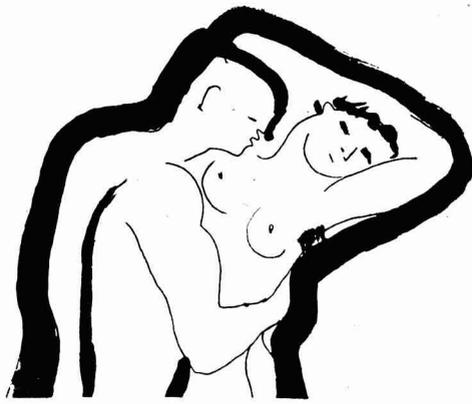
llamado, y en cambio ahora... Paralizado de arrepentimiento por mi torpeza, de temor a alejar más todavía la preciosa oportunidad, yo quedaba vacío, incapaz de acción. Entonces era cuando parecía gustarle más. Me llevaba y traía como a un niño, me protegía, me consolaba, me hacía una caricia sonriendo con melanco-

lía. Dos días después, no era raro que, tras otro desconcertante escamoteo, me reprochara precisamente mi infantilismo de aquel día. Si yo en ese momento, en lugar de no entender nada con mi grosera sensibilidad, hubiera hecho algo, un gesto decidido, un acto inteligente... Pero era demasiado tarde, y en apariencia yo no tenía remedio. Hubiera querido dar patadas contra aquel laberinto de espejos, hundirme en mi torpeza renunciando a todo. Pero estaba tan desesperado, y tan maleado ya por mi desesperación, que sólo podía seguir por aquella cuesta, con la fuerza de la inercia, en medio de un atónico vacío.

Así estaban las cosas cuando de pronto un día se me entregó. Fue todo tan brusco y tirante que no tuvimos tiempo de sentir ternura. Yo no obtuve gran placer, ni creo que ella ninguno; y sin embargo recordaré siempre aquel día único, aquella sensación de reposo casi fuera del tiempo cuando, reclinada la cabeza sobre su cuerpo fresco y pequeño, me adorné unos segundos. Me sentía como el náufrago que yace por fin, exhausto, en la orilla de la que ya desesperaba desgarradoramente: asido en el último instante a aquella poca materia delicada, sustraído por milagro a un mundo turbio y confuso que se precipitaba en el vacío.

Pero aquello fue sólo un respiro. El náufrago, salvado de la muerte, seguía siendo juguete de las olas. Ahora Cecilia hablaba sin cesar, larga, friamente, de nuestra relación. Examinaba despiadadamente su imposibilidad, su esencia absurda e inútil. Nuestros encuentros eran como de conspiradores; nos juntábamos para hablar sombríamente de aquello como de un insondable pecado que había que ocultar en la oscuridad a todo trance. Este espantoso secreto nos ligaba de una manera tan terrible y casi ultraterrena, que cualquier otro lazo hubiera sido risible entre nosotros. Y era precisamente porque éramos amantes, porque lo habíamos sido una noche, por lo que no podíamos vivir como hombre y mujer. Yo todavía lo intentaba a veces, en ciertos accesos de salud y buen sentido cada vez más raros. Pero pronto abandonada, sintiéndome atrocemente vulgar, aquella pretensión ñoña de vivir por lo menos nuestro pecado — puesto que no tenía remedio. Nuestra culpa era más grande que la vida, y parecía que la rebajaríamos cobardemente al dispersarla en hechos cotidianos. Éramos dos monstruos castos.

Seguimos viviendo en el vértigo. Cecilia me buscaba, me huía, pedía mi apoyo, me abandonaba con desprecio. Me telefonaba a las horas más insólitas, faltaba en cambio a las citas, cambiaba los planes en el último momento. Cuando por fin nos veíamos, evocaba con frenética curiosidad los más nimios detalles de nuestro amor de un día. Decía que no volvería a verme, pero volvía bruscamente. Otras veces sentía gran piedad por mí, prometía que me cuidaría y me consolaría hasta la muerte como una trágica hermana. Y después se reía de mis torpes remordimientos de hombre, hablaba con alegre desenvoltura, ridiculizaba mi ingenuidad: ¿cómo había podido yo creer que aquello le importaba? Hacía su papel de mujer sana, libre, un poco frívola, con la misma perfección, la misma convicción que los otros. Yo vivía en un mundo irreal, corriendo detrás de fantasmas que sin cesar se disipaban, tropezando con



todo, destruyéndome miserablemente. Cecilia se me escapaba como el humo, como la pérfida onda, no tenía bulto.

De esta niebla devorante no me salvó ni siquiera el descubrimiento de que me engañaba. Pude pensarlo en el primer momento, a solas; pero junto a ella nunca nada llegaba a ningún sitio, todo recomenzaba sin fin, ilimitadamente. A veces confesaba, se lanzaba en explicaciones tan complicadas, tan llenas de repentinos recodos, que yo acababa por perderme. Al final resultaba ser yo vituperable y cobarde, causante, casi autor de su infidelidad. Luego negaba todo, se mostraba ultrajada, cambiaba el sentido de todas sus confesiones anteriores, ante mis propios ojos, con una rapidez de prestidigitador que me dejaba sin aliento. Otras veces no tenía nada que explicarme, entre nosotros no había ningún compromi-

so, yo no tenía el menor derecho sobre su vida. Y la conversación derivaba rápidamente hacia mi estupidez y mi irremediable brutalidad. Al cabo de algún tiempo, toda otra situación llegó a hacerse inimaginable.

Cecilia desapareció de mi vida repentinamente. Uno de sus amantes logró sacarla por fin de su remolino fantasmal como una pesca preciosísima. No sé qué habrá sido de ellos. Tal vez Cecilia esté absorta levantando sus terribles laberintos para esta alma privilegiada. Tal vez se ha apagado, renunciado a la ilusión de existir que con sus juegos de espejos conseguía. No sé, Cecilia es inesperada: no cree en su realidad, corre hacia lo que cree ser y se le esfuma — y tiene que seguir y seguir sin descanso, sin término, hasta el infinito, hasta la nada. Tiene que destruir, corromper, envenenar. Su mirada hiela las cosas y luego las traspasa.

Desde entonces estoy solo, soy un incurable. Recuerdo con una nostalgia escalofriante aquellos meses, cuando mi vida era infinita como el infierno. Sólo el glacial abrazo del mal podría despertarme. Nunca amaré a otra, a una que tal vez no llegará al fondo; que tal vez no vendrá revestida, como un verdugo, del ropaje llameante del destino; que tal vez no me hará sentir, como una punta acerada que me haga casi aullar otra vez de desesperación y de abandono, su fatal misión de aniquilarme totalmente. Todas me parecen pequeñas, ninguna podría sepultar hasta mi último latido en la inmensa frialdad de su abismo.

ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD HAITIANA

Por BONAPARTE

LA DIFERENCIACIÓN entre las clases sociales en Haití es muy marcada. Los fenómenos que determinan al mismo tiempo la clase y la sociedad son aparentes; pero el grado de adaptación es muy diferente, ya sea porque el acceso a una clase "superior" o más desahogada es nuevo, o porque la degenerescencia roe una parte de la sociedad antiguamente desahogada y que sigue reivindicando o viviendo según concepciones caducas que nada justifica. En cualquiera de los dos casos, el carácter burgués persiste, incluso cuando la asimilación a la clase se ha hecho posible gracias a factores incoherentes.

Y la clase proletaria, por su lado, vive, como en todos los países "civilizados", con medios reducidos, en la necesidad y también en la servidumbre disfrazada de libertad. La servidumbre necesariamente no debe hacerse oficial para que sea real.

¿Una burguesía colmada?

Puede comprobarse sin embargo que permanece igual lo que determina la clase, a saber: el modo de división del trabajo, el modo de vida, los privilegios, el modo de repartición de la producción. Pero muchas gentes en nuestra sociedad *de facto* tienen la idea, la mentalidad de clase "superior" sin apoyarse sin embargo en factores económicos que los favorezcan.

La base de existencia de la burguesía haitiana es muy variable: la política, la industria, el comercio, los bienes heredados. El modo de vida no lo es menos: viajes, vida de casta, exclusividad de deportes lujosos tales como el tenis, mezclas por uniones matrimoniales, etc.

Una observación: el nivel intelectual es muy bajo. Ahora bien, la producción o la continuación de esta sociedad calcada sobre la producción y sobre las colisiones políticosociales — con el fin de que la disociación siga siendo marcada — se hace muy débil. Los elementos nuevos pierden cada vez más el gusto de los estudios y su sentido de existencia se dirige únicamente hacia el mantenimiento de los goces por medios desvergonzados. Esta sociedad dividida en clases crea males cada vez mayores para el país, descontento por la excentricidad y el egoísmo de su género de vida, y despierta las conciencias dormidas.

Así, la minoría de Haití vive en un espejismo, en las ilusiones peligrosas que precipitan su caída, en la ignorancia más absoluta de las leyes de la historia, y sueña en la eternidad de sus goces y de sus privilegios. La estructura social actual de Haití es real: una clase posee sin producir, una clase produce sin poseer. Se está lejos, en consecuencia, de la sociedad humana, igualitaria, del establecimiento de la sociedad sin clases.

¿Una clase media?

Es seguro que existe una clase media en Haití. Pero los mismos fenómenos que conducen a la clase proletaria a no for-